

Poemas de Ángela Tello

POQUITO DE MONTE

Entonces quedó un poquito de monte
y la Mama dijo:
*No lo dejaremos ver a los hombres,
Las mujeres lo cuidaremos para que no muera.*

Mama contaba que cuando llegaron los hombres,
destruyeron los bosques y las aldeas,
tumbaron los árboles, secaron los ríos,
oscurecieron la tierra.

*¡Los hombres no deben ver el poquito de monte
/que queda!*

*Nosotras vamos a cuidar poquito de monte,
nosotras vamos a amamantarlo
como a una criatura pequeña,
como a un pequeño hijo.*

*Cada una de nosotras sembrará semillas
para que él crezca y sea mayor.
Y cuando sea mayor,
más grande, más bonito,
más fuerte, más altanero,
más soberbio que su antiguo padre,
ya no será más poquito de monte sino Gran Monte.*

*Luego llevaremos a los hombres a conocerlo,
les dejaremos ver el monte nuevamente,
les enseñaremos a cuidarlo y a amarlo
y después habrá baile con ellos.*

*Nosotras vamos a poblar de nuevo el monte,
nosotras cuidaremos poquito de monte,
para poder bailar, para poder cantar,
para poder amar.*

Así dijo la Mama
y se alejó.

TE LLAMARÁS PIEDRA

Te llamarás Piedra
y edificaremos sobre ella la casa del amor,
la dulce morada ajena a la muerte,
el cálido albergue que no destruyen
los impetuosos vientos,
que el agua persistente no perfora.
Será la casa del fuego que otorgará luz a la palabra,
armonía al canto y sanará con su radiante llama.
Esto dijo.
Y fueron piedra y casa y fuego, las mujeres.
El torrente de luz descendió
sobre el tiempo y sus columnas.
Esto dijo.
Y fueron fuego y casa y piedra, los hombres.
Un coro ascendió desde las raíces de la tierra.

REENCUENTRO

¿Soy yo la que vuelvo?
¿Eres tú el que regresa?
¿O retornamos ambos?
¿O caminamos por el mismo rumbo?

¿Retorna el río quizás a sus orígenes
o la muerte regresa al nacimiento?
¿O es tal vez el encuentro de dos ríos
al final de su cauce,
cuando la muerte llega, inevitable,
cuando llega la sal que purifica el agua?

Nace entonces el mar, ese inefable espacio
Que da vida a otras vidas,
a otras profundidades,
A otros vientos
y a nuevas tempestades.

OLVIDO

Coloqué tu nombre en el altar del viento,
lo ofrecí a los huracanes
para sanar mis huesos y cerrar mis manos.

El traicionero viento escapó,
no dejó rastros.
Así olvidé tu nombre,
sólo recuerdo ahora que eras aire...
...luz.

DE AGUJEROS NEGROS

Leía para él,
su voz era un lejano murmullo,
que la multitud no lograba escuchar
aunque aguzara el oído
y acallaran las voces en los oscuros pozos
de sus cabezas.

Leía para él,
eran agudas las palabras,
cortantes espadas que cercenaban las penas,
esos pesados trajes
que cuelgan raídos en los armarios.

Llegaban también las palabras viscosas
envolvían el cuerpo del que espera
un destello que algún día ha de manifestarse.

Desde lejanas tierras viajaban hasta sus labios,
agua recogida en la noche en fuentes de luz
para calmar su sed y su abandono.

Las palabras que leía para él,
con voz lenta y suave,
atropellaban a quienes no comprendían el lenguaje
que urdía como dulce reclamo
o como convocatoria de la cita posterior
a los inviernos.

No se esforzaba en reconocer
a los seres sin rostro en su memoria
y optaba por dejarlos caer en el abismo del olvido.
Ella sólo leía para él,
Él comprendía ese murmullo que llegaba exhausto
a su propio silencio,

Después de atravesar vastas montañas
y profundos océanos.

Ella sólo leía para él.
Él se salvaba del agujero negro.

MANDALA

El disco de la luna
reposa solitario sobre las acuarelas del agua.
Distraída, mojo mis manos,
intento atraparlo para que ilumine la casa.

Con los matices de la noche
descubro el mandala
que una prodigiosa mano, trazó
con filigranas de estrellas.

Señor, tus colores retornan al alma.

CARTA XXXII

(Cartas a Farim Nasem)

Ayer informaron los periódicos sobre la muerte
/de una mujer
después de cinco años de encierro en la cárcel
/de la ciudad.

Un acta leída por voces sin rostro,
en un recinto oscuro
confirmó su bautizo
Su nombre fue un número seguido del siglo
/que comienza.
Guardias y roedores fueron sus habituales
/visitantes
y las cartas, que barre el viento y esparce entre
/las celdas,

las remitió ella misma para ocupar su tiempo,
para creer en alguien, para pensar en alguien
o en sí misma.

Ascendí las escaleras del sueño,
verla fue una manera de enfrentar el destino
que en ocasiones aparece entre la niebla
y nos asusta.
Tras las rejas, en harapos y sucia,
la cetrina mujer oraba frente al crucifijo
y la lluvia, fiel compañera del ensueño,

deslizaba sus dedos blancos
sobre el piano de barro y de cristales.
Un sonido de cerrojos interrumpió su rezo,
la reclusa, no interpuso reclamos,
aceptó que el guardián la internara en la celda
/del olvido.
Débil el corazón, orientó paso a paso el viaje
/por sus recuerdos,
inútil esfuerzo de encontrar la última estratagema
/para la partida.

Los diarios confirmaron en una nota breve,
que una mujer sin edad,
murió confinada en la trampa que alguien,
remotamente, urdió con sus gendarmes.

La traigo de nuevo a la memoria,
su figura es ahora un ancho espejo
que refleja la calma, el silencio,
la disposición a la mazmorra.
La silueta de la muerte es esa seña
que avisa la salida del túnel,
que abre de par en par las alas de las puertas.
Farim escucha mis palabras allí donde
/te encuentres,
La Muerte es el indicio en la noche más larga,
augura que el ciclo que culmina
es el origen del ciclo que comienza.

NADA ES CASUAL, MUCHACHA OSCURA

Doa Jalil Asuad,
—muchacha irakí de diecisiete años,
de tez cetrina y negros ojos,
hija de la tribu menor de los yazidí—,
portaba la absurda sombra de un secreto dulce:
Amaba a Alí, un joven musulmán de los suní.

Alí Alhayek, posó sus ojos en sus ojos una tarde
y susurró, para que sólo ella escuchara,
estas palabras:
*Nada es casual muchacha oscura,
cree en el corazón y demuestra que crees
al confesarlo con tu lengua.*

Doa Jalil Asuad, después de esa primera tarde
supo que su pasado se esfumaba,
supo que su futuro era algo incierto.

Desde ese dulce día,
su tiempo sería un continuo presente sin reposo.
A través de los seniles rayos del crepúsculo
descubrió el furtivo preludio de su muerte.

Doa Jalil Asuad huye de la faena, se distrae,
baja sus ojos para esconder
el don oculto que la habita.
Se escabulle,
elude el asedio de los buitres que acechan
/a la víctima
entre los muros derruidos por la guerra.

Durante largos días y dilatadas noches sin sueño,
—confirmaron sus hermanos—,
caminó sobre las dunas del desierto.
Buscó extraviarse,
con hambre, sed, cansancio,
alimentó las hienas del olvido.
Inútil fue el esfuerzo y vana la ausencia,
su voluntad flaqueó cuando en el viento
reconoció el aliento de Alí que la tocaba.

Siete de abril del año siete del presente siglo
baja por el sendero la perjuración.
Huele a muerte.
Con sus lanzas erectas los hombres la amenazan.
Huele a muerte.
El deseo que germina de su odio
o el odio que nace del frustrado deseo, los reúne.
Hiede a mortaja.
Los hombres yazidí la rodean,
lanza el más viejo un grito de guerra,
el más joven arroja la primera piedra.

En la plaza se aprecia entre el desecho de huesos
/y de carne,
la imagen de una niña hecha mujer en una sola tarde
y en esa segunda tarde del mes cuatro,
las noticias le suman una víctima más al holocausto.

Doa Jalil Asuad, en ese lejano lugar donde
/te encuentras,
recuerdas la extraña profecía
que en la primera cita
pronunció el joven musulmán

y ahora la comprendes:
*Nada será casual, nunca será casual,
muchacha oscura.*

VENCIDOS

Soy este viejo y tembloroso cedro que se agita
ante la sigilosa presencia de la muerte.
Soy la mujer con el hacha en las manos
que en la última hora cruza el sendero
que conduce hacia el bosque de almendros.
Soy la oscura dama que camina
sobre cántaros rotos,
La que abre su corazón y observa serena
sangrar la fuente de agua.

Tu victoria, Amor,
en esta cruenta batalla, es mi derrota.
Todo está oscuro,
el miedo es un murciélago que cuelga solitario
entre los frisos de las puertas.
No duermas, Amor, vela entre la niebla,
vigila los extraños seres que acechan las rutinas,
ronda alrededor de la caverna,
lóbrega gruta que me conduce hacia mí misma.

El verdugo observa a la víctima
El seco sonido del hacha rompe el artificio
/de la pluma.

Un árbol seco cae
un árbol muere sobre la tierra húmeda.

Soy la luminosa leñadora que se aleja del bosque
/de almendros,
la que recoge la última moneda del sol
y se interna en la noche.
Soy el árbol vencido,
que se transforma en polvo, en agua, en aire.
Soy el silencioso cedro que ahora ya no tiembla.

Sobre la poeta: Angela Tello

Nació en Santander de Quilichao, 1959.

Economista, Especialista en Desarrollo Comunitario y Magister en Sociología de la Universidad del Valle.

Ha participado en diversos movimientos culturales de la región y del país. Su ejercicio profesional se ha centrado en el direccionamiento, acompañamiento e investigación de procesos de desarrollo social y comunitario. Fuentes que han nutrido su quehacer poético.

La poesía que ha trabajado en el último período desarrolla temas sobre el amor y la guerra; el coraje y el miedo; la memoria y el olvido, que hacen parte del paisaje urbano. En medio de esas grandes urbes, los seres humanos descubren su propia soledad y se reconocen como pobladores de vastos desiertos, donde es necesario gestar actos de voluntad para provocar el encuentro con los otros. Es en esos encuentros donde recuperan la posibilidad de mirarse a los ojos y descubrirse; de transformar y de transformarse; de vencer a las sombras al mirarse en los espejos.

Publicaciones:

- “De Raíces y Alas”, Editorial Caracolas y Lunas, Cali, 1997
- “En el Corazón de la Bestia o Transfiguraciones del Rostro de la Ciudad”, Colección Escala de Jacob, Universidad del Valle, Cali, 2005
- Cartas a Farim Nasem, Colección Las Ofrendas, Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle, Cali, 2011

